

## LOS SUEÑOS DEL POETA

A un Poeta amigo.

Tú, que sientes esos deseos, esos anhelos, esas angustias, esas ansias del poeta, de su alma enamorada de la belleza, queriendo asir, captar los misterios de lo suprasensible, de lo inmortal, de lo eterno; tú, que conoces esas fruiciones del espíritu, cuando sumergido en el mar de la poesía, vierte, en raudales de armónicas rimas, los pensamientos y visiones de su alma inspirada; tú, repito, podrás comprender con claridad la trágica vida de este eximio poeta que pasó incomprendido, obscuro, ante la gente sensata -insensata dijera mejor-, vulgar, que calificó sus sueños -sus sueños de poeta- como desvarios de una mente desquiciada.

Y tal vez pensaron bien: desquiciada en relación a las suyas, cerca del borde mismo de la idiotez; porque la de él, la extraviada, la de la locura sublime, supo vivir en un ambiente tan alto,

a donde jamás llegarán, ni con mucho, todos sus críticos difamadores.

Tú, amigo, has de interpretar como nadie la historia de este poeta -poeta como tú-, que por serlo tanto murió joven e ignorado; verás como su vida, al parecer tan disparatada e incoherente, está entrelazada por unos sutiles hilos espirituales que, obedeciendo a una ley superior, dirigen al hombre hacia su fin.

Y ahora escucha:

#### La suprema belleza

Una tarde silenciosa, límpida, rosada. Por la ventana abierta, envueltos en rientes rayos de luz, penetran efluvios olorosos. Simón Paredes, el poeta, sobre una mesa casi cubierta de libros ha estado escribiendo. Ha estado abstraído, insensible a lo que le rodeaba, para plasmar sobre el papel sus pensamientos. Se ha levantado y con paso leve, reposado, se ha dirigido a la ventana. Desde ella contempla el paisaje animado por la vida de vistosas florecillas multicolores.

Ante aquella naturaleza misteriosa, latiente

-gracias al artista inimitable de las cosas-; ante aquel cuadro pintoresco y hermoso, lleno de plasticidad, el poeta a comenzado a soñar. Su espíritu, como atraído por una fuerza oculta e irresistible, se ha reconcentrado en sí mismo. Sus ojos miran sin ver; su mirada vaga, confusa, se extiende por todo el horizonte. Una claridad penetra, de pronto, en su inteligencia iluminando hasta los mas recónditos lugares. Ante él, asombrado, tembloroso, aparece una visión magnífica, esplendorosa; sobre una nube áurea, refulgente, engalanada con todos los encantos de una eterna primavera, aromática -de ella trasciende un perfume indefinible, inigualable- y sentada sobre un trono azul, de brillo cegador, en actitud indolente, se halla una beldad; un purísimo cendal de otro translúcido cubre su cuerpo níveo; una suave voluptuosidad se desprende de su presencia; sus labios rojos, atrayentes, dejan entrever en una sonrisa, una promesa celestial; sus ojos, ojos de color de cielo, inteligentes, soñadores, en un lenguaje mudo hablan al poeta de misteriosos encantos. A su alre-

dedor revolotean, en forma de avecillas cantoras, los genios inspiradores. Todo allí es ensueño. La luz, tenue, plateada, le da un aspecto fantástico y sublimemente bello.

Simón Paredes, arrobado ante aquella mágica hermosura, extático, ni se mueve, ni habla, ni piensa, temeroso de que el mas leve rumor disipe la sin par ensoñación de su espíritu. Entonces siente una voz, conjunto de todas las músicas, que le dice:

-Yo soy la Belleza.

Y luego, en confuso tropel, rápida, fugaz, desaparece la visión; el campo, el campo en primavera, vuelve a verse.

Simón Paredes siente un escalofrío por todo su cuerpo; en su mente, como en un viviente retrato, dura aún la escena. Corre hacia la mesa, coge la pluma y se pone a escribir. Pero en el mezquino idioma no encuentra palabras capaces de describir lo que ha visto; todas son hueras, vacías de sentido...

A mi amigo.

Ve, amigo, la triste suerte de Simón Pare-

des, el poeta: tener ante sí la Belleza misma, el cúmulo de todas las perfecciones y no poder darle forma en la rebelde rima, no hallar un vocablo preciso, exacto, que califique, o mejor, tenga la virtud de hacer representar aquella visión, darle visos de realidad, de existencia.

¿Para que ha sido, entonces, ese nuevo conocimiento que ha adquirido viéndola, sintiéndola? ¿Por que apareció ante él si nunca podrá darla a conocer a ningún ser humano? Solo Simón Paredes ha gozado de ella; pero como tiene ansias de encerrarla, de aprehenderla en algo duradero, perenne, que no se borre con el tiempo veloz, por eso está triste, desesperado...

Y tiene razón el poeta, amigo mio, que todo lo bello no parece tal si no lo vemos y no lo admiramos y no lo comprendemos todos.

### La mujer ideal

Es de noche. Simón Paredes vaga por las calles solitarias, solitarias, acompañado por la luna. Va elaborando en su magín un poema maravilloso que será asombro de todas las inteligencias. Bullen incesantes, allá en el fondo de su cerebro, personajes prodigiosos en una trama original, profunda. El poeta camina abstraído, meditabundo, sin prestar atención a lo que ocurre a su alrededor.

Al pasar por una plazoleta percibe el descubrirse leve de unas cortinas y ve que asoma, tras los cristales de una celosía, el rostro hechicero de una mujer. Es blanca como luz de luna, y sus ojos negros como abismos. Siente sobre sí aquella mirada electrizante, inquiridora y una sensación de inquietud íntima, recóndita, ante lo desconocido, corre por todo su cuerpo. No puede saber quien es aquella mujer pues volvió a casa rápida, brusca, la cortina. Continúa calle abajo, pero sus pensamientos vuelan locos, desmandados.

Se oye, ahora, el soñoliento sonar de una orquesta en un baile próximo. Simón Paredes quier

re retroceder, alejarse de aquel ruido que entorpecía sus meditaciones, pero no puede; unos amigos le ven y casi a la fuerza le arrastran al interior donde, casi ebrios, subido el vino a las cabezas, bailan las parejas.

- ¡El poeta! ¡Aquí está el poeta! - gritan unos al verle.

Todos le rodean. Las mujeres, inquietas, alegres, risueñas, le asedian con sus preguntas, con sus palabras, calurosas y embriagadoras como el vino.

- ¡Dinos una poesía! - dice una

- ¡Habla poeta! - ruega otra

- ¡Bebe poeta! - grita una tercera, ofreciéndole una botella llena, intacta, de coñac.

- ¡Eso es! - exclaman todos - ¡Que beba!

Simón Paredes piensa: ¿Que es el mundo? Un deseo de algo que no se encuentra, un anhelo de lo que no se logra. Unos se emborrachan con pensamientos queriendo buscar un fin, otros con licores para olvidar sus pensamientos ¿Quiénes tienen razón? ¿Cuales van descaminados? Ayer me emborra-

ché con pensamientos, hagamoslo hoy con este veneno.

Y cogiendo la botella rebotante, bebe con delirio, con locura, hasta que sus ojos se nublan. Todos le secundan y pronto empieza a notarse los efectos del alcohol.

Las mujeres, sirenas deliciosas, juguetonas, alzan al poeta y le sostienen con sus brazos, como en un trono. Los hombres siguen bebiendo hasta que, botella en mano, ruedan bajo las mesas.

¡Poeta! ¡poeta! Habla, dinos algo; tenemos deseos de tus canciones.

El no las escucha, no las siente. Sus pensamientos, de los que intentaba huir, no le dejan; siguen allí, en confuso tropel, anonadandole.

- Cristina, hermosa Gristina, - dice con voz ronca- ven a mí, quiero verte, hablarte.

Una, tambaleandose, fué hacia él; las demás le abandonan, comenzando a bailar desafortadamente, perdida la noción de las cosas.

-¿Que quieres, mi poeta?- le susurra Cristina al oido. Le abraza después y junta sus bocas

en un largo y ardiente beso.

Simón Paredes pensaba, mientras se dejaba besar. Como una obsesión le perseguía el recuerdo, de aquel rostro atrayente que viera antes detras de unos cristales. ¿Quién era? ¿Sería la mujer ideal, esa mujer que todos deseamos y ninguno conseguimos? La mujer de mis sueños -pensaba -, de mis sueños de artista, de hombre, por encima de su belleza, de su hermosura, de su atractivo, ha de tener el atractivo, la hermosura y la belleza de la poesia, que es moral y belleza a un tiempo. Y se imaginaba una beldad, adornada de todos los encantos, de todas las virtudes. Su fantasía la representaba con toda la perfección que puede caber en un solo ser humano. Y de esta forma creó en su mente un mundo de felicidad tan grande, tan sublime, como solo podría existir en un nuevo Paraiso.

Pero la realidad cruel le sacó de su abstracción. Se encuentra, de pronto, en los brazos de aquella otra mujer tan baja, tan desemejante de la soñada. Con las fuerzas de la desespera-

ción se desase de aquellos brazos infames, pecaminosos, viciosos, perdidos y huye de aquel antro como si fuera el infierno. Y fuego, fuego infernal, es el que lleva en su cabeza ardorosa, calenturienta, que recibe como una caricia la frescura suave de la noche.

A mi amigo

El choque de la realidad con las concepciones ideales: he aquí el símbolo de este pasaje de la vida de Simón Paredes. Queremos vivir esa "vida" que crea nuestro espíritu, hermosa y alegre, feliz y durable, en cuanto puede durar en este mundo; y para ello salimos al escenario de nuestras tristezas lanza en ristre, como qui-jotes, para buscar aquello que deseamos. Y, entonces, a nuestra locura sublime se opone como barrera infranqueable, grosera y cruel, la realidad de las cosas, que nos hacen dar en el suelo, maltrechos y confundidos, como a Don Quijote los molinos que él imaginaba gigantes.

El poeta, nuestro héroe, a pesar de su mucha inteligencia no consiguió dividir de tal for-

ma estas "dos vidas" que le hicieran, sino muy feliz, tolerante al menos con el mundo. Y es natural. En el genio no caben medios: o se es o no se es; en la poesía lo poético es la visión final de las cosas... Pero no divaguemos.

Bueno es saber separar y juntar al mismo tiempo -aunque esto parezca contradicción- esas "dos vidas": la ideal, la soñada, la que se quiere y se desea, y la real, la que nos impone el mundo, los hombres, las cosas; separar aquella que vive el espíritu, emancipandola, para que sea enteramente suya, independiente, y poniendo, al realizar la que la necesidad nos obliga, un poco de amor en cada acto que repugna. Igual a Don Quijote, que aguantaba las necedades y groserías de su escudero porque necesitaba de su presencia. Y así habremos vencido la desesperación de ver frustrados todos nuestros anhelos inaccesibles, nuestras ilusiones, objeto y razón de la existencia, y habremos conseguido sino esa felicidad que sueña el poeta, una entre feliz y desgraciada, alegre y triste, que es la perfecta y real.

## El bien

El poeta sueña. Su misión esa esa, soñar despierto. Desde hace tiempo viene obsesionándole la idea del bien; y hoy, frente al mar azul, sereno, luminoso, inmenso, ha comenzado a pensar.

Estaba sentado en una roca; se levantó y tendiose sobre la fina arena, boca arriba, de cara a aquel otro mar azul, brillante, imposible de medir y calcular, burlador de nuestro grotesco orgullo de grandeza, de nuestra pequeñez microcópica frente a su inmensidad.

El poeta, confidente de sí mismo, ha empezado un íntimo coloquio mientras mira al cielo lejano, inasible. ¿Que es el bien? ¿Donde se halla? Unos lo buscan en los placeres, otros en la abstención de todo; éstos en las cosas del mundo, ya frívolas, ya serias, ora alegres, ora tristes, aceptando la vida tal como se presenta aquellos en el alejamiento de ella, buscando la soledad, sumergiendose en sus pensamientos, gozando del silencio y la calma de la Naturaleza; quienes en todo lo que es material, superficial

perecedero; cuales en la caridad, en el amor de Dios, en sus semejantes, en lo eterno.

Al poeta se le presenta el problema como una Esfinge muda, callada; su ardiente fantasía se la hace ver delante, palpable, real, como alucinante aparición, con su mirada que interroga: ¿Cual?

Y ante sus ojos asombrados, visionarios, como salida de la nada, está una mujer pálida, demacrada, de ojos hundidos pero brillantes, de pómulos salientes y cuerpo deformado y esquelético, nerviosa, inquieta; son sus miradas de deseo insatisfecho, insaciable.

-¿Quien eres? - le pregunta el poeta, horripilado por su presencia.

- Soy la Sensualidad-responde-; fui hermosa y atractiva cuando joven.

- ¿Y como estás así?- interroga curioso

- Porque no supe reprimir mis deseos; era mi carne ardorosa y fresca, incitadora; creí que siempre estaría así y con loco anhelo me dí al goce sin medida ni tasa; mi naturaleza, aunque fuerte, fué debilitándose mientras que mi deseo

aumentaba, de tal forma, que es un tormento horrible que me consume, porque ya, agotadas por completo mis fuerzas, no hay placer para mí. Todo es padecimiento y martirio en mi vida: la salud huyó de mi cuerpo, la risa de mis labios; todo me molesta y hiere; soy un manojo de nervios, tensos como cuerdas de lira, sensibles solo para el dolor.

- ¡Tu no puedes ser el bien! - exclama el poeta.

- Juzga tú

Y desapareció, como nube que se deshace en el éter purísimo.

No tiene tiempo de pensar el poeta. Otra visión le interrumpe. Es un ser reluciente, brillante, de color amarillento, de oro. El poeta cree que es el bien, porque es todo de piedras preciosas y metales de valor. Inquieta:

- ¿Eres el bien?

- No, soy la Codicia.

Ahora comprende Simón Paredes. Si, no puede ser el bien, que es todo calor, espíritu; el oro es frío, es duro, insensible.

Yo, en quien domino -dice- lo convierto en objeto, en algo sin alma, sin fin ninguno en el mundo. Le hago duro como el diamante, frío como la nieve; le cargo con la pesada cadena de la pasión, que le hace aborrecerse, despreciar a la Humanidad, a Dios, porque su único dios, es el metal, la piedra, es decir, la nada.

Y prorrumpiendo en una carcajada siniestra, metálica, cuyos ecos fueron perdiéndose entre la tierra y el mar, desapareció cual rápida centella.

Ahora, como por arte de magia, el poeta vese transportado por los aires, como si él mismo fuese aire, y recorre fértiles campos, pequeños pueblos, populosas ciudades; penetra en las pobres y miserables casas, en los opulentos y ricos palacios, en las fábricas, en los hogares, en las aulas de los estudiantes, en el despacho de los ministros, de los jefes, en el cuartel de la tropa, en el corazón y en el pensamiento de cada persona. Todo lo ve, nada escapa a su mirada. En todos observa una preocupación: la guerra. Va a comenzar la guerra cruel, encarniza-

da; unos la desean, otros la temen; estos la quieren por egoísmo, por salir de su pobreza o de su opresión, aquellos la repudian porque están expuestos a perder la vida, la comodidad, la riqueza. Los que la promueven son al ansia de dominio, el error, la ignorancia.

Ve, de pronto, un campo de batalla. Los enemigos están allí; no se ven pero saben que sus armas hacen víctimas. Los cañones retumban al lanzar sus destructores disparos, los aviones rugen en el espacio con la muerte por carga. La ciudad, la riente, limpia y hermosa ciudad, está casi derrumbada; la gente corre, gritando alocada, a refugiarse, huyendo de los edificios que los aplastan, de los soldados que les persiguen. Las escenas son trágicas: la madre que perdió al niño y no sabe donde se encuentra, la que penetra amorosa en el incendio para salvarle, y parece abrasada; la púdica doncella que se ve arrastrada por la soldadesca desvergonzada y lujuriosa; la que ve al marido mutilado horrorosamente y muerto; el que dejó su hogar y lo encuentra deshecho, perdido... Y sobre aquel ambiente terro-

rífico, infernal, el poeta ve una nube negra que lo cubre, como espíritu maléfico. En un momento el aire se enrarece, se hace irrespirable, hay una luminosidad gigantesca y todo, todo, rápido, veloz, se deshace. ¡La muerte, riendo, recogió su guadaña! ¡Ya no quedaba nada por destruir!.

Simón Paredes se estremece. Aquella nube negra que cubría el cielo ha cobrado una extraña forma de ser fantástico.

- Tú, ¿quien eres? -

- El ansia de dominio, y el error, y la ignorancia.

Y como fantasma de un sueño se esfuma. Vuelve a ver el mar tranquilo, sereno y el cielo azul, esplendente.

El poeta está triste. Una amargura muy grande le opprime el corazón; siente una desazón indescriptible en el fondo de su alma. Ante el magnifico paisaje, lleno de leves rumores y misterios, se pregunta: Si no existe el bien, ¿para qué es la vida? ¿para qué el sufrir, para qué la

la belleza? ¿para qué este mar de azul de cielo y, sobre todo, para qué este cielo de azul de mar? Como una protesta -nacida de lo mas profundo de su ser- clava su mirada penetrante en las purisimas alturas. ¿Existe el Bien?

- Si -responde una voz dulcisima a su espaldas.

Es un viejecillo pequeñin y brioso; su rostro tiene un singular atractivo y sus ojos una lumbré inextinguible de bondad; va mal vestido pero resplandice de pulcritud su sencillo ropaje.

- ¿Cómo puedes ser tu el bien, tan viejo y débil?

- No enjuicies sobre las apariencias. Si, yo soy viejo, mas viejo que el mundo, pero también joven, mas joven que la juventud. Allá donde tu veas la alegría, en niños, mozos o viejos; donde observes una buena obra, donde halles el desinterés y el sacrificio, allí estoy yo. Muchos me buscan pero pocos me encuentran. Creyendo el bien se huyen en el placer, en el vi-

cio, o buscan la riqueza; matan, y sacrifican por conseguirlos y, sin saberlo, destruyen toda posibilidad de bien en su vida, del único Bien que pueden encontrar en la tierra, poniendo, en toda cosa que hagan, por pequeña é insignificante que sea, mucho amor; porque lo único verdadero en la tierra, lo único que se semeja al Bien Supremo, es ésto, el Amor. ¡Yo soy el Amor!

El poeta se ha quedado mudo, extático, ante el sonriente y benévolo viejecito. La tarde va muriendo. El sol se ha ocultado detras de unas montañas y sus últimos rayos forman una cruz gigantesca, en conjunto con una blanca nube...

A mi amigo

He aqueí como el poeta - Simón Paredes- ha llegado a conocer el Bien. Sus visiones, empezando por el mal, le han llevado a la verdadera y real concepción del bien humano.

El amor, el viejo y joven amor, ese es el conducto de felicidad y paz en el mundo, el que une, el que alegra. Mas viejo que la Humanidad, él ha visto el nacimiento de nuestra vida, y ha sido

joven con nosotros, ha sabido de nuestros anhelos, de nuestros deseos e ilusiones.

Tal como lo concebimos los de ideal cristiano, el amor es sacrificio y caridad; es liberalidad y egoísmo: por el tenemos caridad para que con nosotros la tengan; nos sacrificamos por los demás para que se sacrifiquen por nosotros; que nada obliga más a un corazón noble y honrado, que ese amor que le tenemos, ese deseo de su bien, ese sacrificio que por él hacemos o esa caridad que le prodigamos.

## AVE NUEVA

Simón Parades ya no se abstrae, no se reconcentra en sí mismo; él ha llegado a conocerse y ahora quiere conocer a los demás, penetrar en la esencia, en el interior de los hombres y las cosas. Lo pequeño, lo insignificante, en su modestia, adquiere en la visión del poeta una grandeza ilimitada. Todo cabe en su pecho: desde el vil gusano que rastrea por el suelo, desde la roca insensible y árida, hasta las nebulosas perdidas en el cielo, que nos anonadan con su inmensidad.

Ha estado largo tiempo en una populosa Ciudad, entregado por entero, con espíritu quijotesco, a procurar el bien, tanto de los desvalidos, sacándoles de su pobreza, enseñándoles a amar a sus enemigos, como de los poderosos, queriendo hacer que la caridad y el sacrificio aniden en sus pechos... ¡Y ambos se han reído de sus pretensiones y le han escarnecido y se han burlado y le han tachado de loco! Por las calles le señalaban con el dedo, y una caterva de chiquillos desvergonzados le se-

guia. Sus palabras elocuentes, hermosas, poéticas, movían a risa a quienes las escuchaban. Y con mofa y desprecio dejaban caer sobre el poeta, los denuestos más asquerosos, que llegaban como puñales cortantes a su corazón.

Ha abandonado la ciudad. Ahora desea, tan solo, compenetrarse con la Naturaleza. Ésta, más comprensiva y cariñosa que los hombres, le ha recibido entera de fiesta, engalanados los campos, con la primavera, silencioso y brillante el mar, límpido el cielo, acariciador el sol, armonioso el aire con el canto alegre de las aves y el perfume embriagador de las florecillas. El poeta se ha sentido engrandecido; ha comprendido todo aquel amor de la madre sensible a sus hijos y ha corrido loco--con locura sublime-- hacia aquella tierra hermosa y tendido sobre ella la ha besado. Y volvió a correr, mirando al cielo, lleno de esperanzas y promesas, sin ver donde pisaba, sin ver un abismo que a sus pies se abría, en el fondo del cual el mar se mecía coronado de espumas. Como ave nueva, con los brazos extendidos, cayó

sobre las aguas que le recibieron amantes, con risas rumorosas.

A mi amigo

Quijotismo rezuma la vida de Simón Paredes, porque todo lo que es más espiritual que material es quijotismo. Quijotes fueron los santos, los genios, los artistas. Maravillosa locura ésta solo asequible a mentes privilegiadas.

Quijote fué el poeta, quijotescas sus visiones. Escarnecido, insultado, prosiguió en su obra de redención, pareciendo grotesco a los incomprensivos.

Simón Paredes, mejor que todos sus versos escritos, ha hecho un poema maravilloso, sublime, eterno: el poema de su vida y de su muerte, entre el azul del cielo y el azul del mar...